

Éric-Emmanuel Schmitt

La mujer del espejo

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

alevosía 

Para Bruno Metzger

1

—Me siento diferente —murmuró.

Nadie prestaba atención a sus palabras. Mientras las matronas se afanaban a su alrededor, una disponiendo un velo; otra, una trenza; una tercera, un lazo; mientras la costurera le acortaba las enaguas y la viuda del agrimensor le calzaba las zapatillas bordadas, la muchacha inmóvil sentía que se estaba convirtiendo en un objeto, un objeto apasionante, desde luego, lo bastante atractivo como para movilizar la atención de las vecinas, pero un simple objeto al fin y al cabo.

Anne contempló el rayo de sol que entraba por la ventana apaisada y cruzaba la habitación en diagonal. Sonrió. La buhardilla, cuya penumbra horadaba ese rayo dorado, parecía un sotobosque sorprendido por la aurora, en el que los cestos de ropa y las mujeres habían sustituido a los helechos y las ciervas. Pese al incesante parloteo, Anne escuchaba volar el silencio en la habitación, un silencio extraño, apacible y denso, que venía de lejos y sugería un mensaje, imponiéndose a los cuchicheos de las comadres.

Anne volvió la cabeza con la esperanza de que la hubiera oído alguna de las mujeres, pero no se cruzó con ninguna mirada; condenada a soportar sus obsesiones ornamentales, dudó haber pronunciado bien esa frase: «Me siento diferente».

¿Qué más podía añadir? Iba a casarse poco después y, sin embargo, desde que se había despertado solo era sensible a la primavera, que abría las flores. La naturaleza la atraía más que su prometido. Anne adivinaba que la felicidad se escondía fuera, detrás

de un árbol, como un conejo; le veía la punta de la nariz, percibía su presencia, su callada invitación, su impaciencia... Sentía como un hormiguelo en sus miembros, ganas de correr, de retozar en la hierba, de abrazar los troncos de los árboles y de inspirar a pleno pulmón el aire cargado de polen. Para ella, el acontecimiento del momento era el día en sí, ese día fresco, resplandeciente y generoso, y no sus esponsales. Lo que le iba a ocurrir —unirse a Philippe— era algo insignificante comparado con ese esplendor, el mes de abril que da vigor a campos y bosques, la nueva fuerza que hace florecer las primaveras, las primulas y los cardos. Deseaba huir de ese reducto donde se desarrollaba la preparación nupcial, escapar de las manos que la embellecían y arrojarse desnuda al río que fluía a dos pasos de allí.

Frente a la ventana, el haz de luz había atrapado el encaje de la cortina y lo proyectaba en sombra sobre la superficie irregular de la pared encalada. Anne no se atrevería jamás a alterar ese fascinante rayo de luz. No, ya podían anunciarle que la casa se consumía, pasto de las llamas, que ni así se movería de su taburete.

Se estremeció.

—¿Qué dices? —le preguntó su prima Ida.

—Nada.

—Sueñas con él, ¿es eso?

Anne bajó la frente.

Como la futura esposa había confirmado sus sospechas, Ida estalló en una estridente carcajada preñada de pensamientos lujuriosos. Esas últimas semanas pugnaba por domeñar sus celos, pero solo lo conseguía convirtiéndolos en pícaras burlas.

—¡Anne ya se cree en brazos de su Philippe! —proclamó a quien quisiera oírlo, con voz jadeante—. La noche de bodas va a ser tremenda. No me gustaría ser su colchón.

Las mujeres emitieron gruñidos, unas para darle la razón a Anne, y otras para reprobar la frivolidad de Ida.

De repente, la puerta se abrió.

Majestuosas, teatrales, la tía y la abuela de Anne entraron en la habitación.

—Por fin vas a conocer, hija mía —clamaron a coro—, lo que tu marido verá.

Como si blandieran un puñal de entre los pliegues de sus vestidos negros, las viudas sacaron dos cajas de marfil labrado que abrieron con cuidado: cada cofrecillo albergaba un espejo con marco de plata. Un murmullo de sorpresa acompañó esa revelación, las presentes pensaban asistir a un espectáculo fuera de lo común: los espejos no formaban parte de su vida cotidiana, y si, excepcionalmente, poseían alguno, era de estaño, de metal bruñido y abombado, y devolvía imágenes empañadas, irregulares y apagadas; pero esos espejos de cristal reproducían la realidad con trazos nítidos y colores vivos.

Las mujeres dejaron escapar expresiones de admiración.

Las dos magas recibieron esos halagos con los ojos cerrados y, sin más tardanza, llevaron a cabo su misión. La tía Godeliève se situó delante de Anne, y la abuela Franciska, detrás de su nuca, blandiendo cada una su instrumento como si de un escudo se tratara. Solemnes, conscientes de su importancia, le explicaron a la muchacha cómo utilizarlos.

—En el espejo de delante verás el de detrás. Así podrás descubrirte de espaldas o de perfil. Ayúdanos a colocarnos bien.

Ida se acercó, envidiosa.

—¿De dónde los habéis sacado?

—Nos los ha prestado la condesa.

Todas aplaudieron la astucia de la iniciativa: solo una dama noble disfrutaba de tales tesoros, pues los comerciantes no ofrecían esos artículos al pueblo llano, demasiado pobre para poder comprarlos.

Anne lanzó una ojeada al interior del marco redondo, observó sus rasgos intrigados, apreció la complejidad de su peinado, que disponía su cabello rubio en refinadas trenzas, y se extrañó de tener el cuello largo y las orejas pequeñas. Sin embargo, notaba una sensación peculiar: si bien no había en el espejo nada que la desagradara, tampoco veía en él nada que le resultara familiar, contemplaba a una desconocida. El rostro invertido, de frente, de

lado o de espaldas, lo mismo podía ser el suyo como el de cualquier otra; no se le asemejaba.

—¿Estás contenta?

—¡Oh, sí! Gracias.

Su agradecimiento respondía a la amabilidad de su tía; poco vanidosa, Anne ya había olvidado la experiencia del espejo.

—¿Eres consciente de tu suerte? —inquirió su abuela con voz agria.

—Claro que sí, soy afortunada de teneros.

—No, me refería a Philippe. Ya casi no quedan hombres.

Las vecinas asintieron con la cabeza, de pronto serias. Los varones escaseaban de verdad en Brujas. La ciudad no había conocido nunca una penuria así. Los hombres habían desaparecido. ¿Cuántos quedaban? ¿Uno para cada dos mujeres? Quizá incluso uno para cada tres. Pobre Flandes, la assolaba un fenómeno misterioso: la escasez de sexos viriles. En unos pocos decenios, la población masculina había disminuido de manera preocupante en el norte de Europa. Muchas mujeres debían resignarse a vivir solas o en compañía de otras mujeres; algunas renunciaban a la maternidad; las más vigorosas aprendían los oficios de Hércules, se convertían en forjadoras o en ebanistas, para que a nadie le faltara de nada.

Percibiendo un reproche en el tono de su amiga, la costurera la miró con severidad.

—¡Dios lo ha querido así!

La abuela Franciska se estremeció, temerosa de que la acusaran de blasfemia. Se corrigió:

—¡Naturalmente que esta calamidad nos la ha mandado Dios! Dios ha llamado a los hombres a las cruzadas. Por Dios mueren, enfrentándose a los infieles. Es Dios quien les quita la vida en el mar, en los caminos, en lo más recóndito de los bosques. Es Dios quien los mata a trabajar. Es Dios quien los reclama antes que a nosotras. Es Él quien nos inflige que nos pudramos sin ellos.

Anne comprendió que su abuela Franciska odiaba a Dios; expresando más espanto que adoración, lo describía como un bandido, un verdugo y un asesino. Pero a Anne no le parecía que fuera

ninguna de estas cosas, ni que obrara allí donde su abuela lo veía intervenir.

—Tú, mi pequeña —prosiguió la viuda—, tendrás una vida de mujer a la antigua usanza, con un marido y muchos hijos. Eres afortunada. Además, no se puede decir que sea feo tu Philippe... ¿Verdad, señoras?

Asintieron todas riendo, unas azoradas, y otras contentas de tener que pronunciarse sobre esa clase de tema. Philippe, de dieciséis años, era el típico ejemplo de robusto muchacho de Flandes, fuerte, de piernas largas, cintura estrecha y hombros anchos, con la piel clara y el cabello rubio como la cerveza.

La tía Godeliève exclamó:

—¿Sabíais que el novio está en la calle, esperando ver a su prometida?

—¿Ah, sí?

—Sabe que la estamos preparando y ansía verla. Si se pudiera morir de impaciencia, él ya no estaría entre los vivos.

Anne se acercó a la ventana, cuyos bastidores de papel aceitado se habían abierto para que entrara la primavera; con cuidado de no quebrar el rayo luminoso, se asomó, y en el sucio adoquinado de la calle descubrió a Philippe. Este, sonriente, charlaba con sus amigos, que habían venido de Brujas a Saint-André, el pueblo en el que vivía la abuela Franciska, a una legua de la gran ciudad. Sí, lanzando miradas de vez en cuando al último piso de la vivienda, allí la esperaba, ferviente y alegre.

Eso la reconfortó. ¡No debía albergar dudas!

Anne llevaba un año viviendo en Brujas. Antes solo había conocido una granja aislada, en el norte, bajo un cielo de nubes bajas que parecían dispuestas a aplastar cuanto se extendía por debajo de ellas, en medio de unas tierras llanas, húmedas y malolientes; allí había vivido con su tía y sus primas, su única familia, pues su madre había muerto al traerla al mundo, sin revelar la identidad de su padre. Mientras su tío dirigía la explotación, no se había alejado un solo día de la granja; al fallecer este, la tía Godeliève había decidido trasladarse a Brujas, donde residían sus hermanos.

No muy lejos de allí, su madre Franciska vivía plácidamente en el pueblecito de Saint-André.

Si bien para Godeliève Brujas había supuesto una tranquilizadora vuelta a sus orígenes, para Anne, Ida, Hadewijch y Bénédicte—sus tres primas— había constituido un enorme cambio: de campesinas habían pasado a ser ciudadanas; y de niñas, a muchachas.

Ida, la mayor, decidida a unir su destino al de un hombre sin tardar, había abordado a los muchachos disponibles con un ardor y una audacia casi viriles que habían jugado en su contra. Así, Philippe, cortejado en la tienducha de zapatos en la que trabajaba, tras responder a las atenciones de Ida había emprendido la conquista de Anne, ofreciéndole cada día una flor y revelando sin reparos a Ida que le había servido de puente para llegar hasta su prima.

Esa maniobra—banal a fin de cuentas— había suscitado más despecho en Ida que orgullo en Anne. Esta no miraba a los demás de la misma manera que sus congéneres: mientras que las muchachas de su edad veían a un apuesto muchacho en el aprendiz de zapatero remendón, Anne no veía más que a un niño que acababa de dejar de serlo, un niño que había dado un gran estirón y al que sorprendía ese nuevo cuerpo que se golpeaba contra el quicio de las puertas. Le daba lástima. Vislumbraba una parte femenina en él: su cabello, sus labios carnosos y su tez pálida. Bajo su voz grave y de timbre agradable oía, en alguna inflexión, en la vacilación que causa la emoción, los ecos de la voz aguda del niño que había sido. Cuando la acompañaba al mercado, contemplaba en él un paisaje humano, fluctuante, inestable, en plena transformación; y era eso sobre todo lo que atraía a Anne, a la que apasionaba ver crecer a una planta.

—¿Quieres hacerme feliz? —le preguntó un día Philippe.

Ruborizándose, Anne reaccionó enseguida y, con sinceridad, contestó:

—¡Sí, claro!

—Pero ¿feliz, feliz de verdad? —imploró el muchacho.

—Sí.

—Pues entonces sé mi mujer.

Esa perspectiva no le gustó tanto: ¿cómo, él también? Hete aquí que razonaba como su prima, como toda esa gente que le resultaba tan aburrida. ¿Por qué esa convención? Espontáneamente, Anne buscó negociar:

—¿No crees que puedo hacerte feliz sin casarme contigo?

Él se apartó de ella, receloso.

—¿Eres de esa clase de mujeres?

—¿A qué te refieres?

A veces los chicos mostraban reacciones incomprensibles... ¿Acaso había dicho algo escandaloso? ¿Por qué la miraba así, con el ceño fruncido?

Un momento después, Philippe sonrió aliviado al constatar que la propuesta de Anne no escondía malicia alguna. Entonces insistió:

—Desearía casarme contigo.

—¿Por qué?

—Todo hombre necesita una mujer.

—¿Por qué yo?

—Porque me gustas.

—¿Por qué?

—Eres la más hermosa y...

—¿Y?

—¡Eres la más hermosa!

—Eso ya lo has dicho, ¿y?

—¡Eres la más hermosa!

Como lo había sonsacado sin coquetería, el halago no le suscitó vanidad alguna. De vuelta en casa de su tía, esa noche se limitó a preguntarse: «¿Es suficiente con que sea hermosa? Él, apuesto; yo, hermosa».

Al día siguiente le rogó que le aclarara las cosas:

—¿Por qué tú y yo?

—¡Tú y yo, con nuestro físico, tendremos niños magníficos! —exclamó.

¡Vaya, Philippe confirmaba entonces todos sus temores! Se

expresaba como un ganadero, un granjero que aparee a sus mejores animales para que se multipliquen. ¿Era entonces eso el amor entre los humanos? ¿Eso y nada más? Ojalá hubiera tenido madre para hablar con ella de esas cosas...

¿Reproducirse, eso era lo que todas las mujeres de su entorno aguardaban con tanta impaciencia? ¿Incluso la indomable Ida?

Pensativa, Anne no contestó a esa petición de mano. El ardiente Philippe decidió interpretar su placidez como un consentimiento.

Loco de contento, se puso a anunciar su unión a diestro y siniestro, confiándole a todo el mundo lo afortunado que era.

Por la calle, felicitaron a Anne, la cual, sorprendida, no desmintió nada. Después sus primas le dieron la enhorabuena, incluso Ida, que se felicitaba de que su seductora prima desapareciera del mercado de las rivales. Luego la tía Godeliève aplaudió de alegría ella también, con los ojos llenos de lágrimas, feliz de haber cumplido con su deber: llevar a la hija de su desdichada hermana hasta el altar. Ante esa alma caritativa a la que no quería defraudar, Anne no tuvo más remedio que callar.

Así, al no ser desmentido, el malentendido fue tomando apariencia de verdad: Anne iba a casarse con Philippe.

Cada día le parecía más absurdo que sus allegados manifestaran tanto entusiasmo. Persuadida de que se le escapaba un elemento esencial, dejó que Philippe se envalentonara, le permitió abrazarla y estrecharla contra sí.

—¡Me amarás solo a mí, nada más que a mí!

—Imposible, Philippe. No eres el único al que amo.

—¿Cómo?

—También amo a mi tía, a mis primas y a mi abuela Franciska.

—¿Y a algún otro muchacho?

—No. Pero conozco a pocos, no he tenido muchas ocasiones.

Mientras ella le daba esas precisiones, él la miraba receloso e incrédulo; pero, al ver que la muchacha sostenía su mirada sin inmutarse, al final optó por echarse a reír.

—¡Me tomas el pelo, y yo me dejo engañar como un tonto! Ah,

mira que eres malvada, asustarme así... ¡Picarona! Qué bien te las arreglas para conseguir que un hombre se encapriche contigo y no piense más que en ti.

Como no entendía del todo su razonamiento, Anne no insistió, sobre todo porque, alterado como estaba, Philippe se le arrimaba mucho, con los ojos brillantes y los labios trémulos; y a ella le iba gustando cada vez más la sensación de fundirse en sus brazos; apreciaba su piel, su aroma, la firmeza de su cuerpo febril; muy cerca de él, embriagada a su vez, alejaba sus dudas.

En la buhardilla, una sombra se estiró. La densidad de la habitación había cambiado.

Anne dio un respingo: Ida acababa de hacer pedazos el rayo luminoso.

La novia sintió un dolor en el vientre, como si, con un puñetazo, su prima le hubiera abierto las entrañas. Gritó, en tono de reproche:

—¡Oh, no, Ida, no!

Su prima se detuvo, sorprendida y a la defensiva, dispuesta a replicar con violencia, sin saber que sus enaguas rompían el rayo de sol.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

Anne suspiró, sospechando que jamás conseguiría hacerle entender que había lacerado un preciado tesoro, una obra de arte que el astro llevaba creando desde la aurora. ¡Desdichada Ida! Pobre muchacha tosca y cerril que, con su prominente y obsceno vientre, destrozaba un monumento de belleza sin tan siquiera darse cuenta.

Anne decidió mentir:

—Ida, ¿por qué no disfrutas tú también de los dos espejos? Colócate en mi lugar.

Luego se dirigió a su tía y a su abuela:

—Me complacería mucho que mis tres primas pudieran disfrutar también de este regalo.

Ida, desconcertada en un primer momento, secundó después la propuesta de Anne y suplicó a las dos mujeres. Estas hicieron

una mueca de renuencia pero, conmovidas por la sencillez y la amabilidad de Anne, accedieron.

Hadewijch, la menor de las tres, se precipitó sobre el taburete.

—¡Yo primera!

Ida esbozó un gesto agrio para impedir que su hermana la precediera, pero se contuvo, consciente de que debía conservar la dignidad al ser la mayor. Despechada, se acercó a la ventana.

Aquello aumentó el disgusto de Anne: Ida seguía cortando el rayo de luz sin percatarse de que este trepaba ahora por su pecho hasta alcanzar su rostro. Pero ella ni lo notaba siquiera. ¡La muy bruta!

Al descubrir a Philippe en la calle, Ida sonrió, pero su semblante no tardó en volver a ensombrecerse.

—Se ha llevado un chasco. Te busca a ti, no a mí.

Con las facciones crispadas y la mirada apagada, Ida se tragó su envidia, afligida. Inclined hacia ella, percibiendo físicamente la intensidad de su dolor, Anne tendió la mano hacia su prima y murmuró:

—Te lo habría dejado a ti...

—¿Qué has dicho?

Ida dio un respingo, convencida de haberla entendido mal.

—No me importaría dejarte a ti a Philippe.

—¿Ah, sí?

—Si no estuviera enamorado de mí.

Anne creía haberle dicho a su prima algo amable.

Estalló una bofetada.

—¡Malnacida! —masculló Ida entre dientes.

Al sentir un dolor repentino en la mejilla, Anne se dio cuenta de que la bofetada la había recibido ella: Ida le había pegado.

Las conversaciones se interrumpieron, las mujeres se volvieron hacia ellas.

—Sucia mocosa, ¿acaso piensas que ningún hombre me deseeará? Ya verás como te equivocas. Te lo demostraré. ¡Docenas de hombres querrán casarse conmigo, ya lo verás! ¡Centenares!

—Uno solo bastará —corrigió Anne con dulzura.

Ida le propinó otra bofetada.

—¡Desgraciada! ¡Insistes! ¡Estás convencida de que ni uno solo me querrá! ¡Asquerosa! ¡Eres malvada!

La tía Godeliève intervino:

—¡Ida, cálmate!

—Anne me saca de quicio, mamá. ¡Sostiene que soy fea y repugnante!

—En absoluto. Anne se ha limitado a decirte lo que pienso yo también: te basta con un solo hombre, no necesitas seducir a mil.

Ida miró a su madre, desafiante, como diciéndole: «Puedes decir lo que quieras, verás como te equivocas». Godeliève alzó la cabeza y exigió:

—Pídele perdón a tu prima.

—¡Jamás!

—¡Ida!

Por toda respuesta, esta, con las mejillas encendidas de odio y las venas del cuello hinchadas, gritó:

—¡Antes prefiero morir!

Entregándole a la viuda del agrimensor el espejo que sostenía, Godeliève corrió hacia su hija. Ida la esquivó; sin miramientos, cruzó la habitación, echó a su hermana del taburete y ordenó a las mujeres:

—Ahora me toca a mí.

Evitando embarcarse en un enfrentamiento que corría el riesgo de perder, Godeliève rogó a sus amigas que obedecieran a la irascible muchacha, y después se acercó a su sobrina.

—Creo que te tiene envidia, Anne. Esperaba ser la primera en casarse.

—Lo sé. La perdono.

Su tía la besó.

—Ah, ojalá mi Ida tuviera tu carácter...

—Todo irá mejor cuando obtenga lo que desea. Algún día se librá de su rabia.

—¡Espero que tengas razón! —exclamó la tía Godeliève, acariciándole la sien a su sobrina—. En cualquier caso, estoy a la vez

triste y feliz por ti. Triste porque te veré menos, y feliz porque has encontrado a un buen muchacho.

Cuando oía la voz tranquila de la tía Godeliève dibujar su destino, Anne se animaba y dejaba a un lado sus dudas. Más serena, ofreció el rostro al contacto de la brisa fresca.

Una mariposa se posó en el alero del tejado. Sus alas, de color amarillo limón en el interior y verde en los bordes, oscilaban, como si respiraran. El insecto, que había ido allí a asearse, creyéndose solo, inconsciente de que lo vigilaban, se frotó la trompa con las patas traseras. Deslumbrada, a Anne le parecía que el animal captaba toda la luz del cielo con sus escamas doradas, concentrándola sobre él, encerrándola en él. Resplandecía y sumía en penumbra cuanto lo rodeaba.

—¡Qué belleza! —exclamó Godeliève, estremeciéndose.

—¿Verdad? —murmuró Anne, feliz de compartir esa emoción con su tía.

—Maravilloso —confirmó Godeliève.

—Sí, me pasaría horas mirándolo.

Godeliève se encogió de hombros.

—Pues es lo que harás a partir de ahora, Anne. Tendrás derecho. Será tu deber, incluso.

Anne se volvió hacia su tía, desconcertada. Esta insistió:

—Serás suya, y él también será tuyo.

Anne sonrió. ¿Qué? Sería de un insecto, de una mariposa... ¿y esta sería suya? ¿De qué extraordinaria magia le estaba hablando? Decididamente, era la mejor noticia del día. Su tía le hablaba como el hada de un cuento. El semblante de la muchacha, devorado por la impaciencia, se iluminó.

Godeliève, enternecida, acarició las mejillas de su sobrina.

—¡Cómo lo amas! —exclamó.

Volviéndose hacia el exterior, señaló una silueta a lo lejos.

—Hay que reconocer que le sienta bien el sombrero.

Turbada, Anne siguió la mirada de Godeliève y constató que observaba a Philippe, que, de pie en la calle, lucía un sombrero de fieltro con una pluma. Sintió un escalofrío.

«No soy normal», pensó. ¡Era todo muy extraño! Por la ventana se veían dos cosas, Philippe y una mariposa: la novia se interesaba por el insecto, y la tía, por el novio.

Entonces un grito retumbó en la habitación.

—¿Qué? ¿Qué es esta mancha?

Sentada en el taburete, Ida palidecía de ira señalando con el dedo el espejo colocado delante de ella.

Por temor a un ataque de rabia, la abuela Franciska retiró el espejo que sujetaba detrás de la muchacha.

—No hay nada. Te habrá parecido ver algo, pero no hay nada.

—Pues entonces no quites el espejo.

Temblando, la abuela lo dejó donde estaba.

Ida observó en su cuello la marca violácea que todo el mundo conocía y solo ella ignoraba.

—¡Oh! ¡Es repugnante! ¡Horrible!

Ida se levantó de un salto del taburete, furiosa.

Sorprendida, la abuela Franciska soltó lo que tenía en la mano.

Chocó contra el suelo.

Se oyó un ruido de añicos de cristal.

Un silencio consternado acogió lo ocurrido.

El espejo se había roto. El marco de plata estaba intacto, pero en su interior ya solo había una confusión de rombos distantes que reflejaban en desorden fragmentos dispersos de la habitación.

Franciska gimió.

Godeliève se precipitó hacia ella.

—¡Dios mío! ¿Qué dirá la condesa?

Las mujeres se reunieron alrededor de los añicos como si estuvieran velando un cadáver. Ida se mordía los labios, indecisa, sin saber qué catástrofe debía llorar, si la mancha de su cuello o el espejo destrozado.

Deliberaron a media voz, con timbre apagado y la respiración angustiada, como si la aristócrata ya pudiera oírlas:

—Hay que encontrar a alguien que pueda arreglarlo.

—Pero ¿dónde? Aquí en Saint-André nadie...

—Creo que ya sé quién. En Brujas hay un pintor...

—No seáis tontas: primero tengo que contar la verdad.

—La ocultes o no, tendrás que comprar un espejo nuevo.

—Dios mío, ¿y cómo?

—Yo lo pagaré —declaró Franciska—, estamos en mi casa, y el espejo se me cayó a mí.

—Porque Ida te asustó...

—Yo lo pagaré —insistió la abuela.

—No, yo —replicó Ida.

—¿Y con qué dinero? —la regañó Godeliève.

Una vez que hubieron enumerado las soluciones, sonó la gran campana de la aldea, recordándoles que Anne estaba a punto de casarse.

Godeliève levantó la cabeza.

—¿Anne?

Al ver que la muchacha no respondía, su tía se estremeció.

—¡Anne, ven enseguida!

Todas las mujeres miraron a su alrededor y luego salieron al rellano: la novia ya no estaba allí.

—Se ha marchado a ver a su enamorado —concluyó la abuela Franciska.

Godeliève recogió del suelo un par de zuecos.

—¿Descalza?

La viuda del agrimensor señaló su regalo, junto al taburete.

—¿Sin ponerse siquiera las zapatillas bordadas que le he traído?

Ida corrió a la ventana.

—Philippe sigue esperándola en la calle.

—Entonces, ¿dónde está?

El nombre de Anne resonó por toda la casa de la abuela, mientras las mujeres la buscaban en las habitaciones.

En la planta baja, al abrir la puerta trasera, la que daba al campo, Godeliève descubrió finas huellas de pies descalzos sobre la tierra húmeda, unos metros antes de que la hierba cubriera la llanura hasta el bosque.

—¿Qué? ¿Se ha escapado?

Espaciadas, las huellas solo mostraban la marca del dedo gordo e indicaban que Anne había aprovechado el incidente del espejo para franquear el umbral y correr, ligera, cruzando el campo en dirección al bosque, donde había desaparecido.